

# LA TORTURA DE JUNIO



**A**l acercarse junio, parece que los días vuelan. Los estudiantes piensan que 24 horas son pocas para una jornada. Sobre las mesas de trabajo —nocturno casi siempre— es fácil encontrar un horario perfectamente distribuido: «Dos horas para física, dos horas para problemas, una para biología...» Y así hasta doce lo menos. Los libros, volúmenes de diferentes tamaños y asignaturas se apilan ordenadamente. Pero aún hay más. Papeles, cuadernos, bolígrafos, plumas, y un tubito alargado y estrecho con pequeñas pastillas lechosas en su interior.

**¿Es imposible estudiar sin la ayuda de un estimulante científico?**

—No —nos ha contestado un estudiante de Derecho—. Lo que ocurre es que las drogas menores que empleamos cooperan a que nos sugestionemos. Tomamos la píldora, y al cabo de un rato, nos decimos: «¡Qué bien estoy! ¡Cómo se me despierta la inteligencia!» Todo es obra del prospecto explicativo con que lo venden. Dice que obra tales maravillas, que acabamos creyéndolo.

Sin embargo, es cierta la propaganda que hacen de estos productos. El estudiante se encuentra con ello dispuesto a hacer frente al sueño de la medianoche, que, naturalmente, no suele aparecer en toda la vigilia; se siente también fuerte, parlanchín y emprendedor. Lee de prisa y asimila rápidamente la asignatura; estudia incluso más de lo que había pensado en un principio.

Lo malo llega cuando el estimulante deja de tener eficacia. Paulatinamente, uno se pone triste, acomplejado por el poco tiempo que queda para repasar; nota que se le empiezan a olvidar los temas..., y, como solución, ingiere una nueva cantidad de «droga menor» que vuelva a levantarle la moral.

**antes del examen:  
angustia y temor a  
perder la memoria**

**después:  
depresiones nerviosas  
por el exceso  
de estimulantes**



### ¿Existe la angustia del estudiante a última hora?

—Ya lo creo —el que ahora responde es un estudiante de Selectivo de Ciencias, repetidor—. En el momento final, uno empieza a pensar que ha olvidado todo. Teme al catedrático, que solo explicó una parte de su asignatura y ahora va a examinar del programa completo. Pero normalmente esta angustia no es privativa de las últimas horas. Suele dar comienzo cuando el bedel clava en el tablón de anuncios la convocatoria para el ejercicio. En ese instante —algunas veces incluso un mes antes de la fecha fatal— uno piensa que no tiene tiempo ni para mirar la asignatura. Y es entonces cuando se hacen las promesas para el año próximo: estudiar desde el principio, asistir todos los días a clase... Naturalmente, son propósitos que nunca se cumplen.

### ¿Qué ocurre después del examen?

Una futura médica nos responde:

—El universitario, una vez que ha terminado los exámenes, se siente enfermo. Le acometen depresiones nerviosas motivadas por el exceso de estimulantes que ha ingerido y por la acumulación de sueño. Se cura fácilmente, reposando.

Nos dice que lo ideal sería marcharse a un lugar tranquilo inmedia-

**para los  
estudiantes  
no existe  
el reloj  
en esta época;  
solo cuentan  
los números  
y las horas  
llenas de apuntes  
de su cuaderno**

Las «chuletas» y los estimulantes pueden ayudar a salir adelante en el examen. Pero el mejor sistema es el estudio y esfuerzo durante el curso



tamente de abandonar las aulas y olvidar todo lo relacionado con estudios.

—Pero lo que suele ocurrir —añade— es que el estudiante no descansa hasta que no da comienzo un nuevo curso. Generalmente, tiene que continuar estudiando en el verano, y al llegar septiembre, se repite, invariablemente, el mismo proceso que se ha seguido en junio.

### ¿Qué opinan los padres?

Nuestro entrevistado tiene ocho hijos, y siete de ellos cursan estudios en la actualidad:

—Lo más importante para un joven es labrarse un porvenir. Ha de sacrificarse a la fuerza, si quiere ser alguien el día de mañana. Lo que pasa es que los estudiantes ahora se esfuerzan muy poco. Creen que el empujón final es suficiente, y durante los nueve meses de curso piensan en frivolidades ajenas a sus estudios. Los padres también tenemos nuestra angustia particular cuando llega el mes de mayo. Todos los días nos sentamos a la mesa atemorizados ante la noticia de un suspenso final. Repetimos el curso cada vez que lo hace uno de nuestros hijos; porque continuamente nos consultan, nos interrogan, creyendo que tenemos obligación de conocer la totalidad de las materias. No, no soy amigo de que se tomen «porquerías» para ayudar a la memoria. En mis

tiempos se acostaba uno temprano y madrugaba para estudiar. Creo que era el mejor sistema. Mis hijos, sin embargo, prefieren trabajar de noche. Pienso que de esta forma debe cundir menos el esfuerzo porque nunca ha de ser bueno pensar cuando se tiene sueño.

### ¿Qué papel tienen las «chuletas» en un examen?

—Son un aliciente —nos contesta una joven «preuniversitaria»—. Infunden confianza. Cuando una lleva «chuleta» —aunque vayan escritas en clave y digan poco— se siente más segura de sí misma. Cree que inexorablemente le han de preguntar las cuestiones que se ha tomado la molestia de anotar con letra menuda. Mi padre dice que el tiempo que perdemos en hacerlas, lo debíamos emplear en estudiar y aprender bien las cosas. Pero yo opino que no es lo mismo.

### ¿Qué representa el suspenso para el alumno?

Un catedrático, psicólogo por necesidad —como dice él mismo—, acude en nuestra ayuda:

—Generalmente, solo un mal trago hasta que se decide a comunicarlo en su casa. Luego se le olvida. La prueba está en que en todo el verano no suele coger un libro. Cuando el alumno está finalizando la carrera, entonces suele ser un gran golpe para él, aunque se repone fácil-

mente; y si lo que hace son oposiciones, adquiere con frecuencia complejos de fracasado. Pero ya digo; por lo general, el alumno sabe mejor que nadie que no ha hecho nada en todo el curso, e interiormente no le extraña nada el suspenso recibido. Aunque se queje con sus compañeros. El quejarse no es más que la justificación absurda de los que no tienen otros medios para justificarse.

—Las injusticias desmoralizan más —añade—. Pero también el profesor, como humano que es, puede equivocarse algunas veces; desde luego, la mayoría no se equivoca, y la nota que recibe el alumno es la que le corresponde en justicia.

Los días se amontonan. Para el estudiante en vísperas de examen no existen días diferenciados. Se hace de noche cuando sale de clase. Amanece cuando se siente feliz por haber concluido un tema difícil. No hay mañanas ni tardes; solo números y hojas... Hojas que pasan y que no habrá tiempo de volver a mirar:

—Hoy he estudiado casi cincuenta de Civil...

Y llega junio. En la universidad, en los institutos y colegios, la gente apenas habla con los demás. En esta época del año, el estudiante solo habla consigo mismo. Y se cuenta, mil veces para no olvidarlo, aquella fórmula o aquel tema que le tortura desde octubre, porque nunca ha conseguido entenderlo.





Todavía no se ha descubierto una fórmula mejor para aprobar que asistir a clase y estudiar. Las «epidémicas» son un remedio «de urgencias» que deprime a los alumnos

En los dos últimos meses del curso no hay días ni noches para el estudiante. Debe esforzarse, porque los profesores que le examina casi nunca suelen equivocarse

